

Del amor de la esperanza a la esperanza en el amor: la esperanza en la vida familiar

From the love of hope to hope in love : hope in family life

CARMEN CORTÉS

ORCID: 0000-0001-6975-997X

Universitat Abat Oliba CEU, CEU Universities

ccortes@uao.es

Resumen: Desde la enseñanza de Santo Tomás, la esperanza como pasión que impulsa hacia el bien y aparta del mal futuro cobra una importancia fundamental en la educación, especialmente en la tarea de los padres. Esta esperanza presupone un amor de sí que orienta a la persona a su propio bien. Pero, a su vez, ese amor originario viene precedido por otra esperanza: la confianza en el auxilio de otro. El artículo analiza la importancia de esta segunda forma de esperanza en la educación de los hijos, sobre todo en aquellos que no llegaron a experimentar amados en la infancia. Ante esta desesperanza estructural, la esperanza en “el poder de otro” fortalece su autoestima, les conduce al amor y, en último término, les orienta a su bien último que culmina en Dios, fundamento de toda educación.

Palabras clave: Tomás de Aquino, esperanza, amor, educación, familia

Abstract: *Since the teachings of St. Thomas, hope as a passion that drives us toward good and away from future evil has taken on fundamental importance in education, especially in the task of parents. This hope presupposes a love of self that guides the person toward their own good. But, in turn, that original love is preceded by another hope: trust in the help of another. The article analyzes the importance of this second form of hope in the education of children, especially those who did not experience being loved in childhood. In the face of structural hopelessness, hope in “the power of another” strengthens their self-esteem, leads them to love, and ultimately guides them to their ultimate good, which culminates in God, the foundation of all education.*

Keywords: *Thomas Aquinas, hope, love, education, family*

Artículo recibido el 14 de noviembre de 2025 y aceptado para su publicación el 24 de enero de 2026.

<https://doi.org/10.63534/2938-3994.170.2025.Cortes>

Introducción

En el contexto cultural contemporáneo, marcado por la incertidumbre vital como consecuencia de la disolución de los vínculos estables y duraderos, la educación y la familia enfrentan desafíos cada vez más complejos y la esperanza aparece como una virtud urgente y necesaria, especialmente en el ámbito educativo.

En este sentido, la obra teológica de Santo Tomás cobra una particular relevancia porque en ella, la esperanza como pasión, lejos de tratarse de un sentimiento ilusorio u optimista sin fundamento, encierra un dinamismo que juega un papel fundamental en la labor educativa.

En la tradición teológica de Santo Tomás de Aquino, la esperanza orienta al ser humano hacia su fin último, sosteniéndolo incluso –y especialmente– en medio del sufrimiento, la pérdida o la desorientación. En este sentido, la enseñanza tomista se revela particularmente fecunda para repensar el papel que los padres juegan como primeros educadores, especialmente en aquellos casos en que los hijos llegan a la familia tras experiencias de abandono, trauma o violencia.

En las últimas décadas, el creciente reconocimiento de los efectos psicológicos del desarraigo infantil ha puesto de relieve la importancia de una pedagogía del amor y la confianza. Sin embargo, los discursos contemporáneos a menudo carecen de un marco antropológico profundo que fundamente sus propuestas en la dimensión trascendente del ser humano. En este vacío, no es raro que el amor se reduzca a mera experiencia afectiva y que la esperanza sea interpretada como disposición emocional optimista. El resultado es una pedagogía sentimentalista, incapaz de sostener al sujeto en la adversidad o de educarlo en la verdad de su vocación última. Una pedagogía sin metafísica puede conmover, pero no puede educar. Es aquí donde el pensamiento de Santo Tomás ofrece una luz singular: la esperanza no sólo es necesaria para la perseverancia en el bien, sino que es, en muchos casos, el primer paso hacia el amor verdadero, tanto en el plano natural como en el sobrenatural.

Este artículo se propone explorar cómo la virtud de la esperanza –tal como la describe Santo Tomás en la *Summa Theologiae*– puede iluminar y sostener la tarea educativa de los padres, particularmente en contextos de especial vulnerabilidad afectiva. Al hacerlo, se pondrá de relieve el lugar que ocupa el “amor

de la esperanza” como raíz de todo dinamismo educativo, así como la dimensión teológica que permite a los padres colaborar, como causas segundas, en la obra de sanación y plenitud que sólo Dios puede consumir.

I. La importancia de la esperanza en la educación

Como es sabido, en la obra de Santo Tomás, la esperanza -además de ser virtud sobrenatural- tiene su lugar entre las pasiones del apetito irascible porque es movimiento o inclinación que nos dirige a un bien futuro difícil de conseguir (pero no imposible). Así, en el orden natural, aunque la esperanza no parece ser propiamente una virtud, podríamos decir con Santo Tomás que es condición para la virtud y, específicamente, es parte integral de la fortaleza¹. Por esta sola razón ya guarda relación directa con la educación -pues su fin es un bien arduo donde los haya: la educación no se propone cualquier bien, sino el bien honesto que es la virtud. Santo Tomás, en el libro IV de las *Sentencias* nos muestra que la educación puede ser definida como la “conducción y promoción al estado perfecto del hombre en cuanto hombre que es el estado de virtud”².

Este es el objeto de la educación: un bien que está por alcanzar -que es futuro- y es arduo, pues no es otro que disponer y capacitar al educando para que logre realizar “obras de hombres”³. Por otro lado, este es un bien que, en principio, estaría fuera del alcance de cualquiera tomado singularmente, pero que se hace posible gracias al auxilio de “otros”, es decir, de los educadores.

Efectivamente, si el bien que está en el horizonte de la educación es un bien futuro que exige perseverar en la dificultad y proseguir a pesar del sacrificio, su prosecución requerirá de la esperanza como de ninguna otra pasión, tanto en el educando como en los educadores.

Este primer sentido de la esperanza, entendida como pasión que “entraña un movimiento o inclinación del apetito hacia el bien arduo”, juega un papel

¹ Por eso, hablando con propiedad, la confianza no puede designar una virtud, pero sí la condición de la virtud. Es por lo que se enumera entre las partes de la fortaleza, no como virtud adjunta - a no ser que la identifiquemos, como Cicerón, con la magnanimidad -, sino como parte integral. Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae* II-II, q. 129, a. 6, ad 3.

² TOMÁS DE AQUINO, *In Sent.* IV, dist. 26, q. 1, a. 1, in c.

³ “Los niños deben ser instruidos de tal manera que puedan ejecutar después obras de hombres” (TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae* I-II, q. 107, a. 1, in c.).

relevantísimo en la educación porque, en cuanto que “es movimiento o inclinación”, dispone al educando a obrar, es decir, a encaminarse hacia el “bien al cual tiende naturalmente el apetito”.

Sin esta pasión, es decir, sin esta fuerza que nos impulsa, el hombre concebiría frustrada la posibilidad de lograr ese bien al cual naturalmente tiende, por percibirlo excesivamente lejano o fuera de sus posibilidades.

Por otro lado, a la luz de esta mirada que dirigimos a la esperanza desde la perspectiva de la educación, quedan redimensionadas aquellas referencias del Doctor Común a la posible alteridad que entraña la esperanza porque, aunque uno siempre espera un bien para sí, dirá Santo Tomás que “a veces una cosa ardua se nos hace posible no por nosotros, sino por medio de otros; por eso la esperanza mira también a aquello por lo que algo se nos hace posible”⁴. En definitiva, la esperanza también pone sus ojos en el “otro”.

En este sentido, la esperanza se vincula con la educación, en tanto en cuanto, como dice Santo Tomás, el movimiento de la esperanza tiene una doble dirección en función de si el bien es posible para uno según “su propio poder” o “por el poder de otro”. Esta esperanza en el poder de otro para alcanzar el propio bien puede referirse sin duda a los educadores, sean estos los padres por una los maestros, o quienes hagan las veces.

Los educadores pueden y deben esperar al hombre aún inmaduro -al niño- en su camino hacia ese bien futuro y difícil -el estado de virtud- que el niño podrá concebir como posible por el auxilio del poder de otros -de los educadores. En este sentido, podemos decir con Santo Tomás que la educación no solo esperanza al educando, sino que lo hace expectante o espectador del educador en quien descubre “aquello por cuyo poder espera conseguirlo”⁵.

⁴ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae* I-II, q.40, a 7, in c.

⁵ “Lo que uno espera conseguir por su propio poder no se dice aguardarlo expectante, sino esperarlo solamente. Pero, propiamente hablando, se dice esperar con expectación (*expectare*) lo que se espera por el auxilio ajeno, de modo que se dice *expectare* (en latín) como implicando el fijar la mirada en otro (*ex alio spectare*), es decir, en cuanto que la potencia aprehensiva, yendo adelante, no sólo mira al bien que intenta conseguir, sino también a aquello por cuyo poder espera conseguirlo, según lo que dice Eclo 51,10: *Miraba en busca del socorro de los hombres*. Luego el movimiento de la esperanza a veces se llama expectación a causa de la previa inspección por parte de la potencia cognoscitiva” (TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae* I-II, q. 40, a. 2, ad 1).

Así, aunque de ordinario la pasión de la esperanza procede del amor -pues nadie espera sino aquello que ama-, en el caso de la esperanza fundada en el auxilio ajeno -propia del ámbito educativo- parece más bien que la esperanza precede al amor, en cuanto que la esperanza dispone al sujeto a reconocer -gracias al poder de otro- aquel bien que aún no experimenta como propio y, paulatinamente, a amarlo. Santo Tomás dirá:

Cuanto la esperanza mira al bien esperado, es causada por el amor, pues no hay esperanza sino del bien deseado y amado. Mas, en cuanto la esperanza mira a aquel por quien se nos hace posible algo -nosotros añadimos, el educador-, entonces el amor es causado por la esperanza, y no viceversa. Pues por el hecho de que esperamos que nos pueden venir bienes por medio de alguien, nos dirigimos hacia él como hacia nuestro bien, y de esta manera comenzamos a amarle. Ahora bien, por el hecho de amar a alguien no esperamos de él sino accidentalmente, esto es, en cuanto creemos ser amados recíprocamente por él. Por consiguiente, el ser amado por alguien nos hace esperar en él, pero nuestro amor a él lo causa la esperanza que tenemos en él⁶.

Sin duda Santo Tomás está señalando que la esperanza en el poder del otro -la confianza en el padre, en la madre, en el educador- nace en el educando en la medida en que se sabe amado por ellos. Pero también explicita -y a nosotros nos interesa subrayarlo- que esta esperanza parece preceder al amor y que este es causado por aquella: “el ser amado por alguien nos hace esperar en él, pero nuestro amor a él lo causa la esperanza que tenemos en él...”.

II. La esperanza como cura para las heridas de los hijos

Ya se ha dicho que la esperanza, como pasión, es una operación del apetito irascible que secunda una inclinación natural al bien: “la esperanza es un movimiento de la potencia apetitiva, que sigue a la aprehensión de un bien futuro, arduo pero posible de obtener”. Es decir, la esperanza es como “la extensión del apetito a este bien”, según la expresión de Santo Tomás⁷.

⁶ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae* I-II q.40, a 7, in c.

⁷ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae* I-II, q.40, a 2, in c.

De ahí que el Aquinate añade que rara vez se deja de tender a ese bien, salvo cuando uno cae en la desesperanza como consecuencia de sufrir una particular tristeza⁸.

Porque puede llegar a suceder que el bien al que se tiende y al que la esperanza como pasión empuja, se perciba de tal modo inaccesible que incluso se invierta el dinamismo, es decir, cabe la posibilidad de que se rehúya el bien al que en principio nuestra naturaleza nos dispone. Insiste Santo Tomás en que

el objeto de la esperanza, que es el bien arduo, se presenta, ciertamente, con carácter atrayente, en tanto se considera como posible de obtener, y bajo este aspecto tiende hacia él la esperanza, que implica una cierta aproximación. Pero en cuanto se le considera como imposible de obtener, se presenta con carácter repelente⁹.

Pero este rechazo, dirá Santo Tomás, no se produce sin más. Esto podría llegar a suceder en el caso de que sobrevenga “algún impedimento extraño”: “quienes viven en tristeza caen con mayor facilidad en la desesperación (...) el objeto de la esperanza es el bien al cual tiende naturalmente el apetito; mas no huye necesariamente de él, sino sólo cuando sobreviene algún impedimento extraño”¹⁰.

Parece que Santo Tomás esté considerando algún tipo de situaciones vitales en las que el sujeto huye del bien¹¹. Nosotros interpretamos que esta referencia a algún “impedimento extraño” -que produce un estado vital de tristeza conducente a la desesperación- podría identificarse, por ejemplo, con acontecimientos traumáticos que en ocasiones truncan la vida de los niños en su desarrollo.

Así entendemos que se desprende de las palabras de Santo Tomás cuando, después de haber afirmado que en la juventud abunda la esperanza porque los jóvenes guardan poca memoria del pasado y mucha expectativa del futuro, dirá

⁸ “Porque el apetito es principio de movimiento, y nada se mueve hacia una cosa sino bajo la razón de posible; ninguno, en efecto, se mueve hacia lo que juzga imposible de conseguir. Y por esto, la esperanza se diferencia de la desesperación según la diferencia entre lo posible y lo imposible” (TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae* I-II, q. 40, a. 1, ad 3).

⁹ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae* I-II, q. 40, a.4, in c.

¹⁰ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae* II II, q. 20 a. 4 ad. 2.

¹¹ Y podemos pensar que, si no se dirige a él, se refugia en ámbitos que le mantienen en esa lejanía...

que esto también sucede en “aquellos que no han sufrido reveses ni han experimentado obstáculos en sus esfuerzos (que) juzgan con facilidad que una cosa les es posible”¹². Y, *a sensu contrario*, aquellos que en la infancia y adolescencia han sufrido infortunios y adversidades –“obstáculos en sus esfuerzos”- juzgan con facilidad que una cosa les es imposible.

Este suele ser el caso, por ejemplo, de aquellos hijos que llegan al seno familiar a través de la filiación adoptiva (o del acogimiento) y, por lo tanto, después de haberse visto privados del bien más necesario para la vida presente -que es el amor de benevolencia de sus padres- o incluso después de haber estado expuestos durante tiempo a malos tratos -en el sentido amplio de la expresión.

A Santo Tomás no le pasa desapercibido que la acumulación de recuerdos y experiencias durante la más tierna infancia es determinante en la disposición primera de la persona; que este primer y originario *experimentum*¹³ es lo que configura la imagen que uno tiene de sí mismo¹⁴.

El Dr. Echavarría, en su estudio *Experimentum, evaluación de un particular e inclinación afectiva según Santo Tomás*, dirá que este *experimentum sui*

influye de modo decisivo sobre el desarrollo del carácter (...) cada uno obra de acuerdo a lo que cree que es. Así como uno se ve, así ve aquello a lo que debe tender como su plenitud, y además tiene o no esperanza de alcanzarlo¹⁵.

En este sentido, si esas percepciones y juicios de la cogitativa son dolorosos, negativos o contrarios al propio bien, pueden conformar al niño ofreciéndole una imagen desvirtuada de sí mismo. Es decir, cuando el niño no alcanza un recto *experimentum sui*, “consistente -según el Dr. Martínez- sobre todo en

¹² TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae* I-II, q. 40, a 6, in c.

¹³ “La experiencia puede ser también causa de la falta de esperanza. Porque, así como por la experiencia se forma el hombre la idea de que le es posible algo que antes juzgaba imposible, así, al contrario, la experiencia le hace considerar como imposible lo que juzgaba posible” (TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae* I-II, q. 40, a. 5, in c).

¹⁴ “Todo este *experimentum*, no obstante, no tiene como objeto exclusivamente el bien sensible externo, sino que se refiere principalmente a sí mismo, dado que la más radical inclinación connatural del alma es el amor a sí mismo. Así, todo ese conjunto de percepciones y juicios sensibles configuran en el niño una percepción y juicio respecto de sí mismo, que podríamos denominar con Martín Echavarría *experimentum sui*” (E. MARTINEZ, “Las pasiones en la educación”, 248).

¹⁵ M. ECHAVARRÍA, *La praxis de la psicología y sus niveles epistemológicos según Santo Tomás de Aquino*, 313.

juzgarse a sí mismo como imagen de sus padres, y como un bien amado por ellos”, entonces, “el niño quedará herido radicalmente en su afectividad, siendo muy difícil su sanación desde una mera perspectiva natural”¹⁶.

Santo Tomás no duda en subrayar la gravedad de esta situación y su repercusión en la configuración moral de la persona. No tendrá reparos en decir, por ejemplo, que

quienes han llegado a males extremos -como la falta del amor y del cuidado debido, añadimos nosotros- no temen sufrir aún más -no tienen temor porque no esperan nada, podríamos añadir-, y por eso no tienen misericordia. Algo semejante les ocurre a quienes son víctimas de un temor excesivo: la ansiedad les absorbe hasta el extremo de no prestar atención a la miseria ajena¹⁷.

Así, cuando existe un buen *experimentum sui* que engendra un sano amor a sí mismo, nace también la esperanza de acometer el propio bien arduo y futuro. Pero cuando este *experimentum sui* es contrario al amor, entonces, no brota la esperanza como pasión, sino que se instala en su lugar -y de modo estructural- la desesperanza.

Y, podemos preguntarnos, ¿qué trae consigo esta desesperanza? Santo Tomás dirá que “el hombre obra diligentemente a causa de la esperanza”¹⁸, porque “la esperanza nos aparta del mal y nos introduce en la senda del bien”. De ahí que, en sentido contrario, como consecuencia de la pérdida de la esperanza, “los hombres se lanzan sin freno en el vicio y abandonan todas las buenas obras”¹⁹.

Todas estas consideraciones son coherentes con lo que nos enseña Santo Tomás sobre la esperanza del orden natural -con la pasión de la esperanza. El Doctor Común reconoce que hay un amor -imperfecto- que es previo a la esperanza misma: el amor a uno mismo. Este amor, que podríamos llamar “amor de la esperanza”, es el amor a sí mismo que busca y ama lo bueno para sí y lo espera porque se ama. Este amor está en el origen de esa esperanza -vital- causa

¹⁶ E. MARTÍNEZ, “Las pasiones en la educación”, 249.

¹⁷ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae* II-II, q. 30, a. 2, ad 2.

¹⁸ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae* I-II, q. 40, a. 8, in c.

¹⁹ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae* II II, q. 20, a. 3, in c.

de todo movimiento del apetito que podrá culminar en una esperanza más perfecta vivificada por un amor perfecto.

¿Pero qué sucede si no se expresa ese “amor de la esperanza”? ¿qué hacer cuando los hijos no se aman a sí mismos y siquiera se reconocen dignos de ser amados -porque inconsciente e indebidamente se imputan la responsabilidad de los males que han sufrido?

El Dr. Echavarría nos ofrece una primera respuesta a la luz de la enseñanza de Santo Tomás:

Para curar a una persona de sus desviaciones caracteriales, para lo cual es necesario hacer ver la realidad como es, el fin y los medios reales para alcanzarlo, es decir, hacerlo prudente, es necesario disolver la falsa imagen, o la red de representaciones, que se ha hecho de sí mismo y de la realidad. Esto implica una reeducación de sus facultades cognitivas, especialmente de la cogitativa (que juzga el valor particular), la memoria, que es el receptáculo del falso yo con el que la persona falsamente se identifica, y el intelecto”²⁰.

“Pero este cambio -dirá el Dr. Echavarría- no se puede dar sin una transformación de la afectividad y de la intención de la voluntad”. Santo Tomás parece proponer un camino para “superar la esclavitud de las exigencias negativas”: hay que procurar un cambio en los afectos.

Vamos a tratar de ver el papel que puede jugar la esperanza en este cambio y como esta “sanación” puede acontecer en el ámbito de la familia. Todo lo cual apunta ya a que los padres -o los educadores- deben mirar a estos hijos con esperanza para que ellos vean en el educador un amor que les capacite para reemprender el arduo camino de la virtud.

III. El dinamismo de la esperanza en la vida familiar

Dando por sentado que la educación compete principalmente a aquellos que comunicaron la vida a sus hijos, es decir, que la educación principalmente es una prolongación o continuación de la generación -una segunda generación, dirá Santo Tomás²¹-, afirmamos que la familia es el contexto más ade-

²⁰ M. ECHAVARRÍA, *La praxis de la psicología y sus niveles epistemológicos según Santo Tomás de Aquino*, 14

²¹ Cf. E. MARTÍNEZ, “La educación, una segunda generación”, 64-81

cuado para la educación que requieren los niños porque en su seno se puede experimentar el amor de amistad que motiva la unión de los esposos y que está en el origen de la comunicación de la vida.

Como es sabido, este es uno de los fundamentos del matrimonio en la teología de Santo Tomás: la atención del bien de los hijos que es su educación²². Y esto se afirma porque el bien de la prole “consiste no sólo en engendrarla, para lo cual no es necesario el matrimonio, sino además en promoverla al estado perfecto, porque todas las cosas tienden naturalmente a llevar sus efectos a la perfección²³”.

Esta crianza y educación, en cuanto que se dirige a seres personales, requiere no sólo cuidados y atenciones a las necesidades biológicas o afectivas, sino que reclama sobre todo de un amor benevolente para ser auxiliados y conducidos a la plenitud de la vida personal. El amor de los padres es lo más necesario, lo que el niño más requiere para ser educado.

Sea como fuere, Santo Tomás nos habla de un dinamismo que puede ser iluminador para el proceder de la vida familiar y, muy particularmente, para la misión de los padres de educar a sus hijos, esto es, de llevarlos a realizar las obras de adulto.

Como se desprende del punto anterior, los padres que aman a sus hijos y los acogen reconociendo su valor de dignidad y los atienden con amor de benevolencia, de un modo u otro, generan en los hijos ese *experimentum sui* que traerá consigo el recto amor a sí mismos que, a su vez, promoverá la esperanza como pasión.

Pero, cuando estos mismos padres acogen hijos “venidos de fuera” -aunque fruto también de la fecundidad del vínculo conyugal- deben proceder según una lógica distinta. No se trata de que no deban amarlos, sino de que han de

²² “Es natural el matrimonio, pues la razón natural inclina al mismo de dos maneras. En primer lugar, en cuanto a su fin principal, que es el bien de la prole: y es que no tiende la naturaleza sólo a su generación, sino también a su conducción y promoción hasta el estado perfecto del hombre en cuanto hombre, que es el estado de virtud. Por consiguiente, según el Filósofo, tres cosas nos dan los padres, que son: el ser, el alimento y la instrucción. Ahora bien, el hijo no puede ser criado e instruido por los padres sin tener unos padres determinados y decididos a serlos; cosa que no ocurriría de no existir un compromiso del varón respecto a una mujer determinada, que es lo que hace el matrimonio”. (TOMÁS DE AQUINO, *Super Sent. IV*, d.26, q.1, a.1 in c)

²³ TOMÁS DE AQUINO, *Super Sent. IV*, d.39, q.1, a.2 in c.

hacerlo sabiendo que esos hijos no podrán recibir -y menos aún corresponderse amor, porque ya se ha fraguado en ellos un *experimentum sui* contrario al amor a sí mismos y al amor a su propio bien.

Entonces, debemos preguntarnos ¿cuál es esa otra modalidad de amor? Creemos poder decir que no es otra que la lógica del Amor de Dios para con los hombres, es decir, la lógica de la Misericordia Divina por la que Dios no toma cuidado en abajarse y conmisericordarse con nuestra fragilidad, con nuestro pecado, con nuestra incapacidad. Ciertamente, su Misericordia engendra en nosotros la confianza, es decir, la esperanza cierta en su querer y poder misericordioso para con nosotros, pues la Esperanza -como virtud teologal- se funda en la Misericordia Divina²⁴. De ahí que Santo Tomás diga que

La esperanza no se apoya principalmente en la gracia ya recibida, sino en la omnipotencia y misericordia divinas, por la cual quien no tiene la gracia puede conseguirla y así llegar a la vida eterna. Y de la omnipotencia de Dios y de su misericordia está cierto el que tiene fe²⁵.

Primero es el Amor de Dios. Este Amor -que nos precede, nos excede y al que no alcanzamos a corresponder- genera en nosotros una Esperanza sobrenatural en el Poder de ese Otro que es Dios; y esta Esperanza nos dispone a la Caridad.

Al tratar la virtud teologal de la Esperanza, Santo Tomás afirma que, en el orden sobrenatural, la Esperanza precede al Amor, del mismo modo que “lo imperfecto precede a lo perfecto”. En este sentido, la Esperanza es anterior al Amor perfecto de la Caridad:

Es en verdad perfecto el amor por el que alguien es amado por sí mismo, en cuanto se le quiere desinteresadamente el bien; tal es el amor del hombre al amigo. Es, en cambio, imperfecto el amor con que se ama algo no por sí mismo, sino para aprovecharse de su bien, como ama el hombre las cosas que codicia. Pues bien, el amor de Dios en el primer sentido corresponde a la caridad, que hace unirse a Dios por sí mismo; a la esperanza, en cambio, corresponde el amor en el segundo sentido, ya que quien espera intenta obtener algo para sí. De ahí que, en el orden de generación, la esperanza precede a la caridad. Efec-

²⁴ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae* II II, q. 21 a. 1 contra esto.

²⁵ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae* II II, q. 18, a4 ad.2.

tivamente, de la misma manera que el hombre llega a amar a Dios porque, temiendo el castigo divino, cesa en el pecado, como afirma San Agustín en *Super primam Canonicam Ioann.*, así también la esperanza conduce a la caridad, en cuanto que, esperando de Dios la remuneración, se mueve a amarle y a guardar sus mandamientos²⁶.

Así, siguiendo el ejemplar Divino -de Quien procede toda paternidad-, los padres deben dirigirse con ese amor sobrenatural que se abaja hasta el necesitado para socorrerlo, sabiendo que ello no generará necesariamente en el hijo la correspondencia en el amor, pero sí la esperanza y la confianza en “el poder de otro” que sufragará su indigencia y lo conducirá por donde no puede.

Si, como dice Santo Tomás, “de la consideración de Su Misericordia brota en nosotros la esperanza”²⁷, de forma análoga, “la misericordia aumenta la confianza que el hijo tiene -o debería tener- en sus padres”²⁸.

Quizá sea esta la clave para dirigirnos a aquellos hijos que se hallan devastados afectivamente porque les faltó ese verdadero amor personal por el que uno se descubre valioso y digno; estos hijos que, por carecen del recto *amor sui*, carecen también de toda esperanza e incluso se dirigen con desconfianza a aquellos que verdaderamente les acogen desde el amor.

Así, ante la pregunta que nos hacíamos - ¿cómo proceder para rescatar a los hijos de aquella experiencia fundamental arrasadora y restablecerles en el amor a sí mismos? - podemos responder señalando que hay que empezar por la esperanza, es decir, mover al hijo a experimentar que los padres son dignos de confianza²⁹. Por lo tanto, se trata lo primero de suscitar la esperanza que acabará sembrando el amor en aquel que no se ama³⁰.

En el ámbito de la familia, los padres deben promover la esperanza en sus hijos, incluso en aquellos que no tienen la disposición originaria a ella. Y lo

²⁶ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae* II II q. 17 a. 8 in c.

²⁷ TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae* II II, q. 19 a 1 ad2

²⁸ E. Martínez, “Las pasiones en la educación”, 254.

²⁹ Porque «parece que es lo mismo esperanza que confianza, de donde a los que esperan decimos que confían» (TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae* I-II, q. 40, a. 2, ad. 2.).

³⁰ Este principio que se desprende de la enseñanza de Santo Tomás fue expresado magistralmente por el Papa Francisco en *Amoris Laetitia*: “el desarrollo afectivo y ético de una persona requiere de una experiencia fundamental: creer que los propios padres son dignos de confianza” (FRANCISCO, *Amoris laetitia*, n. 263,)

pueden hacer gracias a la fuerza de su amor como esposos y a la misericordia que les mueve fruto de la caridad entre ellos.

En definitiva, el “amor hacia lo que se espera” se despliega en la medida en que uno se sabe amado y mirado con la esperanza de su realización futura. Este amor y esta esperanza son los dos brazos de la acción educativa de los padres que están llamados a amar al hijo por sí mismo y a recibirlo para sostenerlo en la esperanza de su bien último. Porque, aunque en ningún caso depende sólo de ellos, los padres pueden colaborar -como causas segundas- conduciendo a los hijos a Aquel que es verdadera causa eficiente primera y única causa última en la vida de los hombres³¹.

Los padres deben, en todo caso, dirigirse a mostrar a sus hijos todo lo que es “deseable” para uno mismo en cuanto que “posible”, porque la esperanza perfecta -es decir, la virtud de la Esperanza- “no se apoya principalmente en la gracia ya recibida, sino en la omnipotencia y misericordia divinas, por la cual quien no tiene la gracia puede conseguirla y así llegar a la vida eterna”³². Solo así el hijo se dispondrá a esperar de Dios los bienes como de su amigo (es decir recibir a Dios mismo de Dios mismo): en la medida en que descubra que lo que espera es posible porque, de algún modo, no depende de él, ni de sus padres, sino solo de Dios³³.

³¹ Los padres, como ministros de Dios, pueden ser causa segunda en el camino de sus hijos hacia el bien último que es su felicidad y bienaventuranza eterna. Sí, dirá Santo Tomás, ningún hombre salva a otro, los padres no pueden sanar ni salvar a sus hijos, “no es lícito esperar en ningún hombre, o en criatura alguna, como causa primera que conduzca a la bienaventuranza; -pero- es lícito, sin embargo, esperar en el hombre o en otra criatura como agente secundario instrumental, que ayude a conseguir cualquier bien ordenado a la bienaventuranza” (TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae* II II, q. 17 a. 4 in c).

³² TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae* II II, q. 18, a. 4, ad 2.

³³ “Precisamente de aquí nace la dificultad tal vez más profunda para una verdadera obra educativa, pues en la raíz de la crisis de la educación hay una crisis de confianza en la vida. Por consiguiente, no puedo terminar esta carta sin una cordial invitación a poner nuestra esperanza en Dios. Sólo él es la esperanza que supera todas las decepciones; sólo su amor no puede ser destruido por la muerte; sólo su justicia y su misericordia pueden sanar las injusticias y recompensar los sufrimientos soportados. La esperanza que se dirige a Dios no es jamás una esperanza sólo para mí; al mismo tiempo, es siempre una esperanza para los demás: no nos aísla, sino que nos hace solidarios en el bien, nos estimula a educarnos recíprocamente en la verdad y en el amor” (BENEDICTO XVI, Mensaje a la diócesis de Roma sobre la tarea urgente de la educación (21 de enero de 2008), http://w2.vatican.va/content/benedict-xvi/it/letters/2008/documents/hf_ben-xvi_let_20080121_educazione.html).

En conclusión, la esperanza es virtud que vivifica la vida familiar y la educación en la familia porque en ella puede darse de forma genuina aquella alteridad que nos enseña Santo Tomás propia de la virtud de la Esperanza: “puede uno esperar para otro la vida eterna en cuanto está unido a él por el amor. Y como es la misma la virtud de la caridad con que se ama a Dios, a sí mismo y al prójimo, una misma es también la virtud de la esperanza con que se espera para sí y para otro”. La esperanza es virtud que debe conducir la vida familiar, en la unión de sus miembros, a su fin último que es Dios, fuente y origen de toda vida y de toda familia aquí en la tierra como en el Cielo.

Referencias bibliográficas

BENEDICTO XVI. *Mensaje a la diócesis de Roma sobre la tarea urgente de la educación*. Ciudad del Vaticano, 21 de enero 2008.

ECHAVARRÍA M. F. (2005). *La praxis de a psicología y sus niveles epistemológicos según Santo Tomás de Aquino*. Girona: Documenta Universitaria.

FRANCISCO (2016). *Amoris Laetitia. Exhortación apostólica postsinodal sobre el amor en la familia*. Ciudad del Vaticano: Librería Editrice Vaticana.

MARTÍNEZ, E. (2011). *La educación: una segunda generación*. Madrid: CEU Ediciones.

— (2019). *Las pasiones en la educación*. Madrid: CEU Ediciones.

TOMÁS DE AQUINO. *Scriptum super libros Sententiarum*. En ALARCÓN, E. (ed.), *Corpus Thomisticum*. Disponible en: www.corpusthomicum.org/iopera.html

— *Suma de Teología*. En ALARCÓN, E. (ed.), *Corpus Thomisticum*. Disponible en: www.corpusthomicum.org/iopera.html